

Urbanizaciones

JUAN CHIRVECHES

La ciudad es un planeta contaminado a cuyo alrededor gira un espanto de múltiples satélites llamados urbanizaciones: satélites fuera de órbita, desperdigados, descentrados, y mundos perdidos por los confines del universo municipal.

Las urbanizaciones no son pueblos ni son ciudades ni venga usted a ver. Son una amorfa suma de viviendas, o una resta de convivencias, una especie de urbe no-urbe, lejana y fantasma, extraviada en medio del paisaje, adonde anida la soledad, el aburrimiento y, en bastantes ocasiones, la desolación.

Muchas personas creyeron que les gustaría vivir en esos satélites que prometían una arcádica vida, o arcadiana, ancha y silenciosa. Pero, una vez hecha la inversión y mudadas allí, comprendieron, espantadas, que se habían salido del mundo y estaban lejos de todo; lejos de las escuelas, de las tiendas, de los cines, de los kioscos, de los hospitales y de los bares. Y que, por tanto, se habían convertido en esclavas del automóvil, o de los dos o tres automóviles que necesitaban por familia, único y frágil cordón umbilical capaz de mantenerlos unidos con la civilización.

Las urbanizaciones son entidades de población que tienen un poco, o un mucho, de asociales: es notable el contraste que se da entre el inmenso espacio que ocupan, a costa del campo, de la agricultura o del paisaje, afeándolo y sepultándolo, y la escasa población que vive en ellas. Hay que dotarlas de infraestructuras, carreteras, luz, alcantarillas... con importante aporte de dinero público, o, a veces, todo dinero público. Infraestructuras costosísimas de llevar hasta esos espacios situados en medio de la nada, que permanecen semivacíos, o vacíos, casi todo el tiempo. No digamos si se trata de urbanizaciones costeras, esos inmensos cuerpos de ladrillo que quedan en estado catatónico durante diez meses al año. O muertos.

Este modelo residencial es un insufrible derroche para nuestro país: inmensas extensiones de territorio ocupadas, proporcionalmente, por muy escasa población, y con un uso mínimo. Y por abundantísimo ladrillajo, como se ve en los alrededores de todas las ciudades y pueblos, donde han proliferado, agrediendo al paisaje y al buen gusto, feísimos pegotones de impersonales adosados con piscinilla, que son como casas fotocopiadas que hubieran encogido y se hubieran desteñido tras pasar por la lavadora de la especulación.

Por más, el conjunto de esta constelación de urbanizaciones lanza una tremenda presión sobre las carreteras y las vías de acceso a las ciudades. Miles de coches procedentes de ellas contribuyen a contaminar, aún más, el aire, y colapsan las entradas y las calles de la ciudad.

La loca proliferación de urbanizaciones es un modelo insolidario, agresivo y absurdo impulsado por el afán de lucro desmedido de los promotores, y no por la racionalidad ni por el orden. Ejemplo, una vez más, de la insaciable codicia de unos cuantos, y de la irres-

ponsabilidad, poca seriedad, inutilidad o corrupción de nuestras públicas autoridades locales y regionales.

En agosto del 2006, el diario francés 'Le Monde' publicaba un extenso reportaje que titulaba, con gran despliegue tipográfico, «Los españoles construyen en perjuicio del medio ambiente». En el texto se leía que «la furia de la construcción está recubriendo con un muro de ladrillo y cemento las costas españolas»... ¡Qué vergüenza!: ¡señalados desde toda Europa por nuestra desafortunada codicia, por nuestra falta de sentido común y por el afán destructor de nuestro propio territorio! Sostengo la teoría de que el mayor pecado de nosotros los españoles no es, como suele afirmarse, la envidia, sino la codicia.

Hace sólo unos meses, antes de que la actual crisis económica lo haya paralizado todo, los municipios del litoral de la provincia de Almería tenían planeada la construcción, en pocos años, de 320.000 viviendas en nuevas urbanizaciones; y seis municipios de los alrededores de Granada, ellos solitos, preveían en sus planes urbanos la construcción de 50.000 casas, sobre suelo protegido, que iban a desproteger de inmediato... Pues esos mismos números, que producen a la vez indignación y risa, sonrojo y chiste, se repiten, más o menos, por todos los lugares de España, donde, en estos momentos, hay en manos de los promotores un millón de viviendas sin vender.

Y lo peor es que estos planes en absoluto han sido desterrados u olvidados, sino que permanecen en estado latente a la espera de que pase la crisis económica para volver a la carga con renovado y fiero furor: Planes que aguardan, tras su maleza de papeleo, como un depredador uñariento, hambriento y atento que, agazapado y alerta, espera el instante oportuno para saltar sobre la presa y arrancar bocado, es decir, destruir, y afean, y enterrar el hermoso paisaje de todos los españoles.



PUERTA REAL

GREGORIO MORALES

Capitán Trueno de Almuñécar

Si hay un prototipo de aquellos tiranuelos que aparecían en El Capitán Trueno es Benavides, alcalde de Almuñécar. Cumple todas las características de los personajes creados por Víctor Mora. Un hombre que ha avasallado la localidad al tiempo que se ha ido rodeando de secuaces, éstos que pronuncian el amén del carbonero a sus arbitrarias decisiones. Como los reyzeuelos de Víctor Mora, este individuo ha esquilado el municipio. No son sólo los millones dilapidados en el extraño Tropical Fruits, donde el género se vendía a precio inferior al que se compraba. Es que no se sabe a dónde han ido a parar los caudales que la construcción desmedida ha hecho afluir a Almuñécar, que es hoy una ciudad destartada, rota, con pésimos servicios, la más tercermundista de las localidades costeras españolas. El producto de la estulticia de un hombre que, pese a ser alcalde de una localidad turística, odia a los visitantes y, así, desde el poder, ha hecho cuanto podía para disuadirlos de poner los pies allí. Su ofensiva contra los aparcamientos es el último y desesperado corte de mangas de quien tiene los días contados.

Benavides ha llevado a la bancarrota a su ayuntamiento y ahora quiere que todo el pueblo esté también en bancarrota, que no haya turistas, que éstos se vayan a otro sitio. Algo verdaderamente suicida que sólo se comprende desde el egoísmo que lo obnubila. Como él está económicamente a salvo y bien a salvo, le da igual que el pueblo perezca a sus pies, que es así como debe de verlo desde el ingente castillo que se ha erigido en el Coto.

Como los insaciables contra los que combatían Trueno, Goliat y Crispín. Nuestros tres amigos llegaban al lugar donde la gente estaba oprimida, donde los esbirros les sacaban hasta el tuétano, donde el silencio acobardado era la norma, y lo ponían todo patas arriba, enfrentando al tirano con sus contradicciones, con sus falsedades, con sus injusticias, y la pompa de miedo que lo había protegido estallaba, y la gente comprendía que debían sacudírselo si quería seguir viviendo con normalidad.

Que Benavides haya sido votado una y otra vez como alcalde sólo se explica por la devoción supersticiosa del pueblo español hacia aquellos que lo sojuzgan. Cuanto más sojuzgados, más agradecidos. Así que el Capitán Trueno, debería venir a Almuñécar y escuchar a quienes tienen casas y apartamentos, a los veraneantes, a los sexitanos, y conocer de propia boca historias de prepotencia que horrorizan, historias de nepotismo que horrorizan, historias de dilapidación de caudales públicos que horrorizan.

No ha habido un Capitán Trueno en Almuñécar ¡pero sería tan necesario! Almuñécar necesita un Capitán Trueno que revele el miedo de Benavides. Porque quien utiliza el miedo para acallar a los suyos, es que él mismo está cagado de miedo.

Hay que releer el Capitán Trueno. Sus historias parecen sacadas de lo que ocurre en Almuñécar: ¡Pobre pueblo! Los forasteros ya no recalán allí, sino en Nerja. Total, por unos cuantos kilómetros adicionales. Nerja es la libertad, mientras Almuñécar es la paranoia de Benavides. Nerja es acogedora, mientras Almuñécar es el recelo y prepotencia de Benavides. Nerja es cosmopolita, mientras Almuñécar es la catetez de Benavides.

Si no llega el Capitán Trueno, que Almuñécar se encomiende a los dioses. Su destino es la soledad y la ruina. Le preguntaré a Víctor Mora si el Capitán Trueno está en camino. En ese caso, ¡verás cómo salen echando hostias del castillo del Coto!



MANUEL PEDREIRA ROMERO

La barba, el miedo

El día que se torea crece más la barba. Es el miedo. Sencillamente, el miedo. Durante las horas anteriores a la corrida se pasa tanto miedo que todo el organismo está conmovido por una vibración intensísima capaz de activar las funciones fisiológicas, hasta el punto de provocar esta anomalía que no sé si los médicos aceptarán, pero que todos los toreros han podido comprobar de manera terminante: los días de toros la barba crece más aprisa.

Lo sabe bien Manuel Chaves, que quizás deba afeitarse dos o tres veces en la media hora previa a su minuto de gloria, cuando salga al ruedo madrileño para convertirse en la paradójica imagen de la renovación de un gobierno del que ya formó parte hace la friolera de 23 años.

La crisis de gobierno que encendió las redacciones el Domingo de Ramos estallará esta semana con dos caras ¿nuevas? en las escaleras de la Moncloa. La de Pepiño no me interesa. Sólo constata que Fomento no es una cartera ministerial, déjate, sino un formidable imán que atrae a dirigentes estafalarios y de triste recuerdo como Cascos, Maleni o Pepiño, un señor que cada vez que abre la boca lo hace para morder. Y con los dientes no me va a hacer las autovías. Tampoco me pone lo de Elena Salgado, aunque salimos ganando. La economía seguirá igual pero al menos nos libramos de los sofocantes eeeeeeeee con los que Solbes iniciaba cada uno de sus insolentes vaticinios. Lo que me interesa, me pone y me seduce es lo de Manuel Chaves. Su entrada en el Gobierno es un hecho tan fascinante como provocador.

La quintaesencia del socialismo ochentero resulta ser el designado para frenar la contumaz pérdida de confianza que los españoles tienen por Zapatero y su proyecto. Viva la involución.

Todos se han apresurado a calificar de 'puente de plata', de 'broche de oro' la designación de Chaves pero uno se malicia que de eso nada, que la entrada de don Manuel en Madrid puede prolongarse, extenderse, estirarse hasta el fin de los tiempos como lo ha sido su estancia en San Telmo por obra y gracia de los votantes andaluces. Hay que darle tiempo y arrimarle un Zarrías.

Con sólo imaginar esa perspectiva me ha empezado a crecer la barba a toda velocidad. Es el miedo. Sencillamente, el miedo, como le contó hace setenta años Juan Belmonte a su biógrafo Manuel Chaves. Nogaes por parte de madre.